

Y Pilara responde:—«Llegué tan á tiempo, que pudieras ahorrarte la pregunta. Vi salir á D. Baltasar con D. Alejo. Después La Galusa, la raposa, huyó para dejarte solo con esta infeliz... para no comprometerse acaso... ¡Canallas! ¡Qué bien tramado lo teniais todo! Mira, pues, á lo que vine: A evitar una infamia. Por algo puso Dios la casita de mis padres, frente á la casoua del mayorazgo. Sé todo lo que haceis, porque si no lo veo, lo adivino; lleváis pintado en la cara lo malos que soís.»

Volviéndose á Inés, que gime apoyada en el pecho de su amiga, alza su abatida cabeza y dice:—«No llores más, que no lo merecen».

Llega La Galusa con su cántaro.

—¿Entró el dimoño en casa?»

La tía y el sobrino quieren alejar á la moza, pero ésta no desampara entre aquellos monstruos á Inés y espera el regreso del Berrugo.

El cual se presenta con Tomás, el indiano resplandeciente y decidor. Don Baltasar hace las presentaciones en forma de charada. Le halló en la casuca de Chiscón, el enfermo á quien fueron á visitar «con iguales... ó parecidas intenciones». Y «allí fué dejar ochentines para bizcochos, azucarillos y las drogas que hicieran falta. ¡Bien se hartarán los hijos hambrientos. Mientras el viejo padece del pulmón y se ahoga, toda la familia sufre también ahogos y mal de hambre». Tomás, que libra del hambre á los infelices ha dicho «que se le perdone la pretensión que trae, si disgusta». Quería recobrar la casona de su tío el mayorazgo, que guarda todos los recuerdos felices de su niñez.—«Supuse mi casa desierta y fría en manos de un hombre codicioso, preocupado, como yo lo estuve, por el dinero solamente, y la encuentro con-

vertida en amoroso nido y cobijada en ella una mujer, cuyos encantos merecen mucho, pero que además tiene más derecho que yo á respirar en este ambiente que ha perfumado con toda su vida».

Intenta retirarse, pero D. Baltasar le detiene. Los negocios exigen más calma, y no sabe aún si la chica tiene apego á las paredes que la cobijaron. Y evocando la buena memoria del mayorazgo, le invita para que á los postres puedan tratar el asunto despacio, pues no es puñalada de pícaro, ni costal de paja. A D. Baltasar le agrada ver al muchacho lucido, pues «de ser cierto que haya riquezas en el mundo, cosa que parece un cuento allí, por la miseria en que viven, vale más verlas en manos conocidas».

Tomás haciendo que le rueguen un poco, se deja convencer, y el Berrugo le conduce á la sala.

Mientras, Inés lo dispone todo: saca la vajilla nueva, también de loza ordinaria, pero no deslucida por el uso; escoje un mantel que no tenga remiendos. «¡Vaya! El cocido no estará del todo mal; pescado no escasea, gracias á los presentes de El Josco; jamón y almíbares hay en la despensa; fruta del huerto abundante... como no cuesta dinero... Es necesario que resulte una comida presentable».

—«¡Ni que fuese un Obispo!»—gruñe Marcones, y añade La Galusa:—«¡Ni que juéramos á perder boda con el Marqués de Fanfarrias!»

Entra en la cocina Inés, y La Galusa queda murmurando con el sobrino: Arrimase á la puerta de la sala para oír la conversación, pero no lo consigue: «habla muy bajo el piojo resucitao, que antiyer salió de allí en carnititas, y too paece poco pá regalale. ¡Un se-



no le disgusta. El cura recuerda que Tomás fué su monaguillo predilecto, le quiere más que á ninguno de los que van á enredar en la sacristia y no ha vuelto á encontrar otro tan formalote y tan bondadoso como él.

Acabando ya de atar la carga del carro, Pilara se asoma desde lo alto y grita:—«¡Pedro Juan!»—«¿Qué quieres?»—«Ponte por ese lao.» (Pedro Juan se pone donde Pilara le dice, junto á la rueda del carro. Ella se recoge las faldas contra los tobillos, mirándole con ojos llenos de travesuras inocentonas). El pregunta:—«¿Qué vas á hacer?» Y la moza responde, acurrucándose al borde de aquella montaña de yerba:—«Voy á bajar por aquí.»—«¿Por qué no abajas por la rabera, como siempre?»—«Porque me dá la gana de bajar por aquí hoy.»—«¿Güeno. ¿Y qué quieres que haga yo?»—«Que me agnantes... si eres quien pa ello.»—«Eso sí, ¡coles!» (Tiembla de puro gusto; jamás había tocado ni el pelo de la ropa de Pilara, y se la ve ya encima entera y verdadera.)—«Echate sin miedo ¡coles!»—«Mira que peso mucho, Pedro Juan.»—«¡Aunque pesaras más de otro tanto!... Con tal de ser tú lo que me caiga encima, aquí hay aguante pa ello. Echate de cualquier modo, ¡pero, échate, recoles!»—«¡Pos allá voy!» (Pilara se lanza, Pedro Juan la recibe en los brazos; una mejilla de la moza le tropieza en la cara; el roce y el calorcillo y el perfume de la mujer le turban, sacándole de quicio:)—«¡Pilara!... ¡Dende aquí á la iglesia y que mos case el señor cura!... ¿Consentirás en ello?»—«Cuanto hace ya, hijo de mi alma, que podíamos estar de güelta, á no ser tu tan como eres!»—«¿Eso es decirme que sí, Pilara?»—«¿Y con alma y vida, bobalicón!» Esto lo dice ya desprendiéndose de sus brazos, pero mimosa. El Josco corre hacia su padre y le

abraza:—«¡Padre!»—«¿Que á poco me ahogas!»—«¡Yo sí que me ahogaba, pero salí á flote! Mirala padre: se lo he dicho todo.»

Llegan Inés, Tomás, el Berrugo y don Elías. Pilara corre al encuentro de Inés; el cura y Juan Pedro, se acercan también á saludarlos. Pilara pide á Inés que sea la madrina de su boda. El Berrugo pregunta «si el mozo es para en casa de la novia, ó la novia para en casa de Juan Pedro».—«Ella es pá en mi casa», dice satisfecho el padre:—«Más vale así, para *nosotros*» añade mascullando el Berrugo.

Pilara y el Josco se van con el carro; Inés, Tomás y D. Alejo, forman un grupo, muy animado. Don Elías y D. Baltasar hablan, alejándose de los otros á instancia del primero, que vuelve á remover el asunto del tesoro escondido: recibió nuevas instrucciones de la difunta: «Elías, dile á *ese hombre*, que lo tiene donde ha creído; suyo es, que no tarde ni tema». Ese hombre, por todas las señales, no podía ser otro que D. Baltasar, que se ríe de sus delirios, queriendo aprovecharlos, que le maltrata y espera servirse de sus confianzas. Don Elías, convencido por la fantasma de que los tesoros «no están para él» y de que necesita El Berrugo su ayuda, se la ofrece: ¿no podrían averiguar entre los dos lo que haya de cierto? Al Berrugo «no le gusta partir peras con nadie». Insiste don Elías.—«Pero señor mío: ¿es partir peras, buscar ayuda cuando hace falta? ¿No tiene usted segadores y acaldadoras y carrreteros para recoger las mieses? ¿No se vale usted de todo aquello que necesita? ¿Porqué no valerse de mí en ocasión como ésta, cuando mejor que otro alguno puedo servirle?»—«Y quien le ha dicho á usted que yo creo las paparruchas que usted me cuenta?»—«Ni supone papa-



ruchas mis noticias, ni deja de sacarles toda la sustancia, ni desconoce cuanto dieron que hablar en la tierra los mil tesoros ocultos, al auto de olisquearlos. Más de una vez aflojaron los cordones de su bolsa, ofrecimientos falsos y martingalas de presidio, y ahora no se fía de mí, que soy una persona honrada». —«Es usted una carretilla». —«Quiero convencerle». —«Muy fácil: tráigame siquiera un ochentín recogido en la cueva del Pirata, y me convengo». Aunque para mí estuvieran: ¿como subo?» —«Descuélguese usted desde la cumbre; hay matas donde amarrar una cuerda». —«No sé trepar como las monas, y necesito que alguien tire de mí. El negocio es éste: una soga de treinta metros y atarse un cabo á la cintura mientras haya quien amarrare bien el otro á unas matas. Luego ¡abajo! el de arriba jala poco á poco y se afirma bien para que ambos no se desborreguen. A los tres minutos en la misma boca de la cueva; se recorre llevando un farol encendido, hasta dar con todo ello». —«No será tan fácil, cuando nadie lo intenta». —«¡Miedo! Sr. D. Baltasar; el miedo guarda esos tesoros, porque dicen que hay un maleficio... Pero, hay remedios contra las brujerías». —«¿Contra las brujerías? ¡Y contra poderes mayores! Al mismo demonio me atrevo á conjurar, si llega el caso.»

Se acerca D. Alejo y cambian de conversación. Tomás, quedando solo con Inés, confiesa «que la engañó inicualemente», y en una escena muy apasionada refiere que hizo una ostentación ridícula de riquezas que no tiene, por burlarse del Sr. D. Baltasar, vengando así las tristezas del mayorazgo. Se acercó á Inés fingiendo amores, y al descubrir su alma pura, sintióse apasionado y arrepentido; aquella farsa era odiosa; pudo huir evitando

explicaciones, pero le dolía dejar un recuerdo amargo. Era preferible que supiera Inés los motivos que le alejaban, y se despide. Pero ella ve las cosas de otro modo. Renunciar á sus amores, ¿por qué?

A ella le agradaba mucho aquello. Ir á caza de su hacienda, y convencerse de que más valía su corazón que los tesoros de su padre. ¿No está probada la buena fe de su cariño? Y queriéndose tanto, ¿no sería una locura separarse? Además, ella tampoco es rica; su padre lo dice á cada momento.

¡Si fuese verdad! El indiano tiene lo bastante para vivir con holgura en el pueblo: no traía tesoros, pero sí un bienestar asegurado. Por desgracia, el viejo es muy rico, muy codicioso y dueño de su hija; el que hizo tales agasajos á la supuesta fortuna del forastero, despreciará el amor del hombre.

Inés alienta una esperanza: —«¿Quién sabe! Tu cariño me da fuerzas para todo, y no quiero dejar de hacer la prueba. Yo le diré...» —«¡Pobre niña! Será imposible vencerla de mi lealtad cuando vea la burla. Podrías acaso, con ruegos y lágrimas, conseguir que accediera, pero no que dejase de ver en mí al advenedizo de bambolla, que pesca dotes con embustes. No, no; la vergüenza constante sería un martirio espantoso... ¡Imposible! Perdóname... Necesito alejarme... irme á donde nunca te vea...» —«¿Y qué será de mí?» —«¡Criatura! Eres muy joven y muy cándida; para tí hay una medicina: el olvido, que llegará con amores nuevos» —«¿Te burlas?» —«Ángel mío, si á cambio de la vida se conquistara esa fortuna de que hice alarde necio, recibiera tu padre los tesoros que me supone, para que me permitiese morir en tus brazos.»

Siguen obstinándose cada cual en su pensamiento, mientras aparecen La Galusa y



Marcones, muy sofocados. El seminarista queda un poco atrás frotándose la cara con el pañuelo, y su tía se adelanta resueltamente, llamando aparte á D. Baltasar. ¡Qué noticia! Marcones le dirá lo que sabe. Y mientras hablan los dos hombres, La Galusa lo cuenta fantásticamente á D. Elías: estaba el sobrino tan descansado en su casa de Lumiacos, porque le cerraban las puertas en la casona de Robleces, cuando llegó de las Indias un vecino que allí conoció mucho al de Nubloso, y resulta que Tomás, el relumbrante caballero, es un tuno como una loma, sin fortuna, sin vergüenza, y que anda suelto por casualidad, pues deberían tenerlo en un presidio. «¡Y con *ese* querían casar á la Inés, haciendo burla de *otros* más honraos y que podieran dar más locimiento á la casa!»

No faltaría si no que un indecentón, con sus manos labadas fuese á coger la gracia de Dios y la fortuna reunida por *ese hombre*. ¡Y la Inés? A no descubrir Marcones la verdad, entre la niña y el mastuerzo del indiano, matan á *ese hombre* y le saquean sus caudales. ¡Jesús María, y qué de cosas pasan!

El Berrugo, enterado ya de todo, llama rudamente á Tomás, y con ironía, le dice que ha resuelto no venderle su casa, entre otras razones, por librarle del apuro de no poderle pagar. Y le despide, negándose á oír disculpas. Don Alejo, el cura, dice á Tomás.—«Yo te acompañaré; no quiero verte sólo; no eres digno de tal desprecio». Y dirigiéndose á don Baltasar añade:—«No tiene la fortuna que aparentaba; pero es un hombre honrado, y sin que usted le humille, paga con harto rigor su ligereza. No eran ya sus pensamientos los que usted le supone; bien lo saben, Dios y la única persona que aquí debía saberlo. Antes de que usted le despidiera, se había

despedido él, sin que bastaran á detenerle amistosos consejos ni súplicas apasionadas.»

Y D. Baltasar, encarándose con su hija, mientras el cura y el indiano se alejan, pregunta: «¿Sabías que no tiene sobre qué caerse muerto?»—«Estábamos hablando de eso».

«¿De que no tenía un cuarto?»—«De los pocos que tiene y de los bochornos que pasó queriendo aparentar otra cosa».—«¿Qué desvergüenza! ¡Irte con esas coplas! ¡Ah, tunante! ¡De modo que tú le llenarías los oídos de insolencias!»—«No señor».—«¡Le perdonaste la gracia!»—«Sí señor».—«¡Alma de los demonios! ¿Qué sangre tienes? ¡A quién sales? ¡Digo! Veremos á tí quien te perdona, ¡corazón de palomita blanca! Porque ya soy perro viejo, y conozco los fregados de mala geta entre lobos corridos y corderillas sin hiel... Acércate, Romana. Ese pillete se ha dejado aquí un cebo que podría tentarle á volver. De tu cuenta corre que no suceda. No hay que decir más; de antiguo nos conocemos. ¡Ni á misa los domingos! ¡Ni á tomar el aire de la solana!»

Llega Pilara y se acerca en silencio á Juan Pedro, mientras Inés dice:—«Ponga usted una guarda más, que me libre del sobrino y de la tía que le ayuda».—«Del uno y de la otra te guardará el aborrecimiento que les tiene. ¡A casa!»

La Galusa dice á Marcones:—«¡Ya está el cordel en mis manos!»—«Pues á tirar firme, hasta que saque la lengua, y si no cede, tire más, y que se ahogue. Para nosotros ó para nadie».—«¡Tantos moños y tantos embelecios por una roña de indiano!»

Al irse los de la casona, la moza y el viejo hablan así:—«Ya se finiquitó el asunto, ¡pobre Inés!»—«Padre, ¿no haremos nada por ella?»—«Hija mía, no somos nadie. Nos co-



rresponde callar; como si no se vieran las maldades que nos pasan por los ojos. Bien á las claras nos pusieron el sufrir de la madre, y toos callaos. Entraban las brujas curanderas, los zafios saludadores, que hicieron erijas con aquella santa; pues todos nos encogimos de hombros y dejamos que llegase á su fin aquel martirio. ¡Hay en el mundo tantas infamias que se ven y no pueden evitarse! ¿Acudes á la justicia? ¿Cómo y en qué te fundas? El Juez mismo se reiría de tí. ¿Acudes á la fuerza? Es cuando aparece la justicia pa castigarte, y probándote con sus más y sus menos lo que hace al caso, cargas con toas las culpas. Cada uno á su oficio: tú como yo, á recoger las mieses del Berrugo; él á comerse á tos; La Galusa, martirizando á la Inés; y el alguacil, en la taberna. Pa cuando á uno le roen las angustias ó le aplastan las dificultades ó le hacen reventar los tropiezos que se le ponen, pa eso está el señor cura, que bendice á los agonizantes y entierra cristianamente á los difuntos. Y cada uno á su faena. Nosotros, á rastrillar amontonando el heno, pá que no se pierda un menuto en la carga. Y, ves tú pa lo que sirves. Alma, como si no la tuvieras, ojos pá mirar por las cosechas del amo, corazón, pá sentir las maldades que hagan los otros, pero callandito, y como si ná sintieras». — «¡No! pues no me gusta conformarme á eso. ¡Ya es mucho! ¿Porque martirizan á la Inés? ¿Qué hizo de malo?» — «Y ¿qué hizo de malo aquella santa de su madre? Venimos á este mundo á sufrir, hija mía.»

Vuelven D. Alejo y Tomás, el cual habla dolorido á la moza: «Cuando ese hombre sepa que vuelvo á embarcarme, la perdonará; y es posible que Inés piense que me voy, porque no la quiero bastante, que me resuel-

vo á dejarla, esperanzado aún con otras dichas. ¡No, eso no! Dile que no tendré otros amores en el mundo, que perderla es para mí perder la vida; que procure ser dichosa... pero que me recuerde alguna vez. Dale muchos besos, y dile que mi alma desterrada se los envía.» — «¿De manera que usted renuncia para siempre...?» — «A lo imposible.» — «¡Le quiere á usted mucho!» — «Pero es imposible.» — «¡Queriéndose tanto!» — «No insistas, Pilara.» — «Si yo fuese un hombre como usted y la quisiera, como dice usted que la quiere... Yo ¡que me había de ir!» — «¡Qué hacer!» — «Se aguarda, se lucha, se muere si es preciso; pero se muere cerca, para que recoja el otro nuestras agonías. ¿Usted supone que su ausencia remediará los tormentos de la casona? ¡Oh, al contrario! Libres de amenazas, apretarán, hasta que vean saltar la sangre. ¡Ignora usted que son crueles, porque les gusta serlo? ¿Qué les importa ya que usted se hunda en los mares? No; no renunciarán á su víctima. ¡Huye usted? Mejor, mucho mejor. Manos á la obra. ¡Y esa obra que proyectan es una horrible infamia!» — «¡Me provocas! Tú quieres que los mate... ¡Los mataré!» — «Quiero verle casado con ella.» — «Imposible. Soy pobre. ¡La infamia de toda mi vida! ¡La humillación de cada momento! Dirán que la busqué por la puchera... ¡Lo que inventarían para desesperarme!... ¡Lo que inventarían aquellas lenguas venenosas!» — «Que hablen, que lo pregonen, que lo crea todo el mundo.» — «¿Y mi honra? ¿Y mi nombre?» — «¡Ahora salimos con eso? ¿No era su cariño mayor que todo?» — «¡Pilara!» — «Inés corre un grave peligro; no ahora, que su amor y sus odios la defienden; pero, más tarde, cuando se le agoten las fuerzas, cuando hallándose muy lejos de usted luche sin esperanza, Marcones...»



—«¡Oh! ¡Calla! ¡Turbas mi pensamiento...»

No se va pero es prudente que viva oculto. En casa del cura no es posible, y tampoco en la de Juan Pedro. Le buscarán un escondijo. Disponen el viaje: marcharse con todas las campanillas, y volver de noche.

Llega con su carro El Josco y éste y su novia, comienzan á cargarle muy de prisa. El mozo dice: «Pilara, ¿qué le digiste á D. Alejo?»—«Que para el domingo han de ir las amonestaciones: la primera y la última.»—«¡Eres el demonio!»—«Hago mucha falta en las Pozas.»

#### Acto cuarto.

La misma decoración del acto primero, con luz de luna.

Don Elías, con un martillo grande y un farol apagado, y el Berrugo con un rollo de cuerda, aparecen por la parte del pueblo y toman el camino que conduce á la cima del peñasco. El Berrugo se ha decidido al fin, á «partir peras» con D. Elías, porque ir sólo era imposible, y necesita ser, ciento, mil veces más rico para «comprar la justicia y hacer unas leyes á su gusto.» El cura le ha insinuado que si la esclaviza y atormenta, el juez se la quitará de las uñas depositándola para que se case con Tomás; y no le asusta que se lleven á su hija; lo que le asusta es que la bribona tiraría del bolsón; y eso era demasiado. «¡Ah, pillos legisladores! Teniendo camisa que perder, pensarían de otro modo. ¿En qué justicia cabe que la hija que un hombre crió y mantuvo con sudores y fatigas durante veinte años, puede irse cuando le dé la gana, porque así lo deciden un cura de los demonios, un juez sin vergüenza y un indiano canalla?»

Don Elías quiere tranquilizarle y le re-

cuerda «los mares y montañas de oro» que van á descubrir, pero El Berrugo, bastante loco para ir á buscarlos, no ha perdido la razón hasta el punto de olvidar el peligro que sus dineros corren cuando Inés le reclame lo suyo. El médico insiste hasta que logra suggestionarle, y el avaro codicioso delira... «En una semana los carros no cesarán de ir y venir en fila, ¡y todos cargados de ello! ¡Qué curiosidad al abrir caja por caja! ¡Que correr mares de oro por el suelo! ¡Y qué oro! De lo superior de antaño; no del oro de pega que se usa hoy, que tiene una mitad de alquimia. ¿Pues y las piedras finas? ¡A celemines! ¿Y las joyas? ¡A montones!...» «Andarán los hombres á mi gusto y fabricaré leyes á mi antojo... El sinvergüenza del indiano piensa que tengo enterradas las onzas. ¡Necio! Las onzas enterradas no producen, y se dejan ver de ojos de zahorí ratero, como los de La Galusa... ¡Grandísimo bribón! ¿Queréis matarme á disgustos? ¡Antes mandaré daros garrote!»

Y después de atravesar el escenario, mientras hablan, suben la pendiente del camino visible, hasta que desaparecen; luego asoman en la revuelta de más arriba, y al fin, en la cumbre.

Pilara y El Josco abren la puerta de su casa. El viejo no despierta, el cansancio le rinde y se obstina en trabajar, cuando para servirle y atenderle son dos, jóvenes, robustos y piadosos. La tierra le llama y el mar le atrae; morirá, como tantos otros, desplomándose al anochecer en el mismo surco abierto por su mano temblorosa, ó en lucha con la borrasca. ¡El mar! Pilara le odia como á un enemigo que de cerca y á todas horas amenaza, pero comprende que Pedro Juan ha de salir con su padre, aunque á ella le cueste